

## Ángel Rivière: la ancha estela de una mirada mental

*Sería sin duda una tremenda y presuntuosa exageración decir que estamos aquí inventando un género, porque ya está inventado. Pero sí que es cierto entonces que el género «reseña» no tiene por qué ser siempre visto como un género menor. En este caso no lo es. Las reseñas que siguen, una por cada volumen de los tres publicados con las Obras Escogidas de Ángel Rivière, se estiran, se ensanchan y se ahondan hacia el género «ensayo». No son reseñas largas, sino ensayos cortos. Esto no es sólo el resultado de la capacidad o la virtud de sus respectivos autores. También revela la índole de los libros comentados. Esos tres volúmenes constituyen desde luego una selección amplia –aunque alejada del concepto de obra completa– de los escritos de un psicólogo singular, pero representan a la vez una condensación, y un horizonte, de lo que la investigación psicológica, hecha con verdadera pasión científica (no hay contradicción), puede alcanzar.*

*It would be a presumptuous exaggeration to claim that we are inventing a genre, because the genre in question has already been invented. But it is true that the genre of the 'review' should not always be regarded as a minor one. And in this case it is not. The following reviews of the three volumes of Ángel Rivière's Selected Works push back the limits of the genre: more than long summaries, they are short essays, the product not just of the ability or the talent of their respective authors but of the quality of the books under review. Without setting out to be exhaustive, these three volumes constitute a wide selection of the writings of a psychologist sui generis, and they bear witness to what psychological research conducted with true scientific passion (there is no contradiction here) can achieve.*

## Ángel Rivière: la honradez del pensador

Juan Antonio Vera  
*Universidad de Murcia*

Rivière, Á. (2003). *Obras escogidas*. Volumen I. *Diálogos sobre Psicología: de los cómputos mentales al significado de la conciencia*. Compilación de M. Belinchón, A. Rosa, M. Sotillo e I. Marichalar. Madrid: Editorial Médica Panamericana.

Desde hace unos cuantos meses los psicólogos que utilizamos el castellano como lengua vernácula contamos con la oportunidad de encontrar, reunidos en tres volúmenes, una buena proporción de los trabajos de Ángel Rivière. El esfuerzo de Mercedes Belinchón, Alberto Rosa, María Sotillo e Inés Marichalar, respaldado por la editorial Panamericana, ha permitido que las *Obras escogidas* de este peculiar psicólogo, «sin cuya influencia no podrá entenderse nunca la psicología contemporánea de habla hispana» (según los citados compiladores), estén al alcance de todos los lectores. En efecto, gracias a esta empresa editorial la psicología de «habla hispana» se encuentra de enhorabuena.

Imagino que la labor de los compiladores no debió de resultar nada fácil. Como ellos mismos hacen notar, la producción intelectual de Rivière es formidable —en cantidad y calidad— y sus ideas se encuentran diseminadas por la vasta red que conforman los distintos canales de comunicación científica (libros, revistas, congresos, reuniones científicas, cursos). En muchos casos, además, algunos de los escritos de Rivière no habían acabado en la imprenta, encontrándose inéditos hasta la fecha de la publicación de estas *Obras escogidas*. Para mí, al menos, ha resultado un motivo de satisfacción enorme poder reencontrarme con algunos de los viejos (¿viejos?) textos de Ángel Rivière y, también, poder disfrutar de la lectura de otros nuevos. Precisamente leyendo esos textos inéditos —y también aquellos que, aunque publicados, permanecían *inéditos para mí*— me he dado cuenta de lo difícil que es perderse en la morada intelectual construida por Ángel Rivière, por mucho que los problemas con los que nos tengamos que encontrar sean de lo más complejos, delicados y vitales para la psicología. Y digo «morada» con menos intenciones poéticas que descriptivas: ciertamente, internarme en sus textos inéditos era como «volver al hogar», «sentirme como en casa». Tal es la *pregnancia* de su pensamiento.

Con la publicación de estas *Obras escogidas* se pone de manifiesto que nada de lo psicológico le era ajeno a Ángel Rivière. Pero, al mismo tiempo —y esto es lo más importante—, queda demostrado que la diversidad temática no implica, en su caso, dispersión conceptual. Más bien al contrario, es la visión unificadora con que Rivière se enfrenta a los problemas de la psicología lo que ex-

plica su apasionamiento por tan diversos temas como los que trata en sus *Obras*. A esa «unificación de los problemas» en una estructura reconocible –que nosotros identificábamos líneas atrás con el término psicológico de *pregnancia*– lo llamaba Ortega, sencillamente, *sistema*. Y, a continuación, sentenciaba: «El sistema es la honradez del pensador» (Ortega, 1908/83, p. 114). Comprenderán, después de esta breve introducción, por qué he titulado el presente comentario del modo como lo he hecho: en esta ocasión, el título fue lo primero que me vino a la cabeza. Por eso, por la naturaleza sistemática del pensamiento de Rivière –que se expresa tanto en el análisis conceptual que hace de las múltiples versiones que la psicología ha esbozado acerca del «sujeto psicológico», como en el uso integrador de los datos provenientes de las más alejadas tradiciones de investigación (cognitiva, clínica, comparada, evolutiva, social, etc.)–, creo que estas *Obras escogidas* son un gran acierto editorial. Su publicación –que espero se complete con otros tomos, hasta conseguir que se conviertan en unas *Obras completas*– nos permitirá advertir con toda claridad la profunda honradez intelectual que preside el trabajo de Ángel Rivière.

Una vez expresada mi opinión acerca de la oportuna decisión de publicar estas *Obras escogidas*, paso a concentrarme en la tarea que se me ha solicitado, que no es otra que la de comentar los trabajos que forman parte del primero de los tres volúmenes en los que se han dividido las *Obras*. Porque es un hecho que, además del esfuerzo de selección y reunión de los textos, los compiladores han realizado un trabajo *extra* de naturaleza más sutil, seguro que menos evidente: han conseguido dividir, sin romper, sin degradar lo más mínimo lo que por su propia naturaleza, como ya hemos indicado, forma un «todo gestáltico»: el sistema de pensamiento de Ángel Rivière. En efecto, las obras de Rivière han sido repartidas en tres volúmenes, que guardan cierta independencia entre sí y que gozan, cada uno de ellos, de genuina unidad temática. Fruto de esa división es el Volumen I de las *Obras escogidas*, cuyo título es *Diálogos sobre Psicología: de los cómputos mentales al significado de la conciencia*. A él están dirigidas las observaciones que siguen.

En *Diálogos sobre Psicología* están recogidos nueve trabajos, uno de ellos publicado por primera vez allí, en los que se nos muestra el Ángel Rivière más comprometido con el análisis filosófico, histórico y metodológico de la psicología, aquel que se dedica con la mayor de las penetraciones a la crítica conceptual del conocimiento psicológico. Abren este volumen una introducción de los compiladores –dedicada a la obra en su conjunto y que se repite en los tres tomos– y otra introducción, expresamente pensada como prólogo de las ideas vertidas en este Volumen I, realizada por Alberto Rosa. Ambas introducciones, al tiempo que cumplen una función informativa esencial para los lectores de los *Diálogos*, complican considerablemente mi cometido en esta presentación. En particular, la «Introducción al Volumen» de Alberto Rosa, tan concisa como certera, excluye cualquier pretensión de originalidad por mi parte: no se podría resumir mejor –ni con menos palabras– cuál es el objetivo del volumen, cuáles las motivaciones del autor o qué tipo de argumentaciones encontrará el lector que se adentre en la lectura de los trabajos allí recogidos. Nos informa, por ejemplo, de que se trata del «conjunto de trabajos sobre teoría psicológica, articulados todos

ellos desde la posición de psicólogo del conocimiento en la que Rivière se situaba» (p. IX)<sup>1</sup>; nos pone sobre la pista de las preocupaciones de Rivière por «conceptuar al sujeto psicológico» o por el «tema de la conciencia» (p. X); señala la envidiable facultad del autor para conjugar genialmente «rigurosidad científica» con «magistral uso del idioma castellano» (p. XI); advierte de la necesidad de complementar la lectura de estos trabajos teóricos con la «de libros tan imprescindibles como *El sujeto de la psicología cognitiva*, *Objetos con mente*, o *La mirada mental*» –al que yo sumaría, seguro que con la aprobación del profesor Rosa, el de *Razonamiento y representación*–; e, incluso, viene a acentuar el carácter *sistemático* del pensamiento de Rivière, recomendando la lectura de los otros dos volúmenes como el complemento imprescindible para garantizar la comprensión plena de su trabajo teórico, que es «sólido y autocontenido en sí mismo» (p. XIII).

Y ahora, querido Alberto, ¿qué hago yo?

Me parece que lo único que me queda es tratar de poner las «notas al pie» al atinado prólogo de Rosa, ofreciendo a los lectores de *Anuario de Psicología* algunas ilustraciones que les permitan calibrar lo adecuado de su introducción al Volumen I de las *Obras escogidas* de Ángel Rivière. Empezaré discurrendo por la asombrosa capacidad que tiene Rivière para combinar rigor científico con elocuencia literaria en sus escritos, tratando así de explicar por qué su lectura siempre es una delicia. Después, haré una sucinta presentación de los nueve trabajos que componen sus *Diálogos sobre psicología*. Finalmente, trataré de exponer, en síntesis, cuáles son los rasgos más visibles en estos *Diálogos* de lo que hemos denominado el sistema de pensamiento de Ángel Rivière.

Comencemos, pues, por el principio. Porque, al principio, lo que más nos llama la atención cuando leemos a Rivière es, como ya apuntaba Rosa, esa capacidad que tiene para conjugar el «rigor» con el «magistral uso del castellano».

Es en ese mismo trabajo en el que encontrábamos la inspiración para nuestro título, donde Ortega replicaba a Maeztu: «O se hace literatura, o se hace precisión, o se calla uno» (1908/83, p. 113). Pues bien: ¿cómo iba a callarse entonces Ángel Rivière, si en él se daban cita la más literaria de las precisiones y la mayor precisión con que se puede hacer uso de la literatura? Comentando el libro *Objetos con mente*, por ejemplo, reflexionaba Mariano Yela respecto de la fuerza argumentativa de los trabajos de Rivière: «Sospecho que tal estilo consiste en el uso de la palabra en tres registros que se entrelazan e interfecundan: el rigor, la gracia y el juego, que obligan a reflexionar, al tiempo que nos deleitan. Cosa insólita en los escritos científicos» (1993, p. 85). Por su parte, José Luis Píñillos vertía en el prólogo que escribió para *Razonamiento y representación* la siguiente observación: «Una de las cosas que, como escritor, me llama la atención en Rivière es su extraordinaria habilidad para hacer un uso literario, a la par que científico, de la erudición» (1986, p. X).

En efecto, parece ser que literatura y precisión, como ya han señalado voces mucho más autorizadas que la mía, se enriquecen dialécticamente en el tra-

1. Siempre que cite algún pasaje perteneciente al volumen que estamos comentando me limitaré a indicar únicamente la página en que se encuentra dicha referencia.

bajo de Rivière. Pero, ¿en qué puede consistir esa «extraordinaria habilidad» que los lectores más ilustrados encuentran en Rivière? Creo que merece la pena que dediquemos unas pocas páginas a meditar acerca del que, a todas luces, es uno de los atributos más destacados de Ángel Rivière (tanto en el sentido de *caracterizarlo a él en cuanto escritor*, como en el de tratarse de la *peculiaridad que inmediatamente es señalada por sus lectores*). En el curso de este examen comprobaremos cómo en el sistema de Rivière (igual que se dice del «sistema democrático»), tan importante son las formas como el contenido. El análisis de los recursos formales utilizados por Ángel Rivière nos servirá también como ventana desde la que asomarnos a algunos de esos libros y a otros textos no recogidos en las *Obras escogidas*. Así, además, podremos vincular los artículos publicados en el Volumen I con aquellos libros matrices con los que se encuentran filialmente relacionados, ofreciendo una panorámica más contextualizada de los *Diálogos sobre psicología*. Profundicemos, pues, nuestro examen en esta dirección.

Una rápida revisión de *Objetos con mente* (Rivière, 1991a) nos puede bastar para concretar la idea de que Rivière manejaba la literatura con una *gran precisión*, incorporando a los más destacados representantes de la misma como «testigos de su defensa». En *Objetos*, como mínimo, nos encontramos con versos de Ángel González, Alexandre, García Lorca y Alain Bosquet, con términos o expresiones tomados de Baroja y Gracián y con extractos de una novela policíaca de Ross MacDonald —además de con un rostro de Velázquez en la portada del libro, lanzando al lector, desde su *mirada con mente y cargada de intenciones*, una pregunta desafiante: *¿sé que me estás mirando, así es que dime, ¿qué crees que puede estar pasando ahora por mi pensamiento?—*. Pues bien, apoyándose en todos estos elementos narrativos, sirviéndose de estos expresivos motivos literarios, Rivière, en *Objetos con mente*, 1) consigue hacernos ver las dificultades conceptuales por las que atraviesa la psicología cognitiva contemporánea, al tener que lidiar con la inesperada «multiplicación de las mentes» a que ha dado lugar su *metapsicología*, desde la que se define en términos de «*cómputos mentales*», hasta la que implica aceptar la subjetividad en «primera persona» y un lugar para el «*significado de la conciencia*»; 2) nos señala la diferencia que existe entre los *objetos* a los que de un modo espontáneo solemos atribuir funciones mentales y aquellos a los que no; 3) nos muestra cómo la psicología, en cierto modo, suele convertirse en esclava de las mismas tecnologías que inventa el hombre, asumiendo como límites epistemológicos propios las metáforas que aquellas alimentan; y 4) nos introduce en el apasionante mundo de la *psicología natural*, destacando el papel que desempeñan los verbos *intencionales* (ver, saber, creer, pensar, decir, desear, etc.) en esos psicólogos innatos que parecemos ser todos (sin necesidad de estudiar psicología) y subrayando nuestra *natural y preteórica* inclinación a atribuir mente a los demás: sólo *creyendo* que los demás tienen una *mente* y *confiando* en que ellos *saben* que nosotros también tenemos *deseos* y *pensamientos* como los suyos, podemos interactuar y explicar(nos) la conducta de los demás (y la propia). Temas, todos ellos, que se encuentran ostensiblemente presentes en los nueve capítulos que componen el primer volumen de las *Obras escogidas* de Ángel Rivière.

Sí: los trazos literarios con los que Rivière decora sus ensayos científicos son algo más que superfluo ornamento. No sólo consiguen embellecer la argumentación, haciendo más deleitosa la lectura, sino que *encajan a la perfección con los propósitos argumentativos del autor*, agilizándolo la exposición y concretando las ideas centrales que quiere destacar. Es decir, existe una inusitada *precisión en su literatura*.

Detengámonos un instante ahora en su libro *Razonamiento y representación* (Rivière, 1986) para hacer más patente lo que queremos decir. Este libro es fruto de la Tesis Doctoral de Rivière, que fue elaborada bajo la dirección de José Luis Pinillos y que se defendió con el mismo título, en 1984, en la Universidad Autónoma de Madrid<sup>2</sup>. *Razonamiento y representación*, después del exquisito prólogo del propio Pinillos, muestra, en su frontispicio, una cita de Antonio Machado. Déjenme caer en la tentación de reproducirla casi en su integridad:

La palabra *representación*, que ha viciado toda la teoría del conocimiento —habla Mairena en clase de retórica—, envuelve muchos equívocos, que pueden ser funestos al poeta. Las cosas están presentes a la conciencia o ausentes de ella. No es fácil probar, y nadie, en efecto, ha probado que estén representadas en la conciencia. Pero aunque concedamos que haya algo en la conciencia semejante a un espejo donde se reflejan imágenes más o menos parecidas a las cosas mismas, siempre debemos preguntar: ¿y cómo percibe la conciencia las imágenes de su propio espejo? Porque una imagen en un espejo plantea para su percepción igual problema que el objeto mismo. Claro es que al espejo de la conciencia se le atribuye el poder milagroso de ser consciente, y se da por hecho que *una imagen en la conciencia es la conciencia de una imagen*. De este modo se esquiva el problema eterno, que plantea una evidencia del sentido común: el de la absoluta heterogeneidad entre los actos conscientes y sus objetos.

¿Se podrá definir de un modo más preciso que con esta estrategia literaria el objetivo del libro y la trama de problemas sobre los que insoslayablemente el autor va a tener que pronunciarse? Porque, entre otras cosas, Ángel Rivière se compromete en este libro con la ardua tarea de analizar críticamente el concepto de «representación del conocimiento», sin descuidar el origen filosófico, ni la historia interna, de los dos formatos en liza en la psicología cognitiva contemporánea («proposicional» y «analógico»), y lo hace de tal modo que el maestro Pinillos no puede más que calificar el trabajo de «verdadera obra maestra de la psicología» (Pinillos, 1986, p. X). La conclusión a que llega Rivière tras su investigación, parcialmente confirmada por los datos experimentales, es que la mente parece trabajar con distintos «lenguajes», en función del tipo de tareas con que se enfrenta, y no solamente con uno canónico de naturaleza discreta, amodal y con precisas reglas de composición (como el mismo «lenguaje natural»). Daba por buena así su hipótesis de que existen distintos *niveles de representación*, en los que están implicados diferentes grados de profundidad en términos de procesamiento de la información. Como los lectores de los *Diálogos* de Rivière tendrán oportunidad de comprobar, en *Razonamiento y repre-*

2. Para más señas: el tribunal que se encargó de juzgarla estaba compuesto por José L. Pinillos, Juan Mayor, Manuel de Vega, Álvaro Marchesi y Vicente Sierra.

sentación, igual que decíamos de *Objetos con mente*, encontramos otro de los libros que pueden explicar buena parte de los asuntos que allí se tratan. Y, según nos interesa subrayar ahora, jugosos pasajes de dramaturgos, poetas, novelistas, se pasean por las páginas de éstos y otros libros de Rivière como si hubieran nacido sólo para que él pudiera ponerlos al servicio de su sistema. Junto con ellos, nos encontramos, además, con las opiniones de los más grandes filósofos y científicos de todos los tiempos (aunque esto, quizá, pudiera parecer más esperable en un ejercicio de crítica psicológica).

No vamos a multiplicar los ejemplos relativos al uso que Rivière hace de las ideas de otros pensadores, pero sí van a permitirme ahora que espigue unas cuantas citas nacidas de la pluma del propio Rivière, para clarificar el sentido en que decíamos que el rigor con el que maneja los conceptos psicológicos tampoco está reñido con la belleza de su exposición. Porque al igual que la literatura, según vemos, siempre está al servicio de la precisión científica de Ángel Rivière, también, y viceversa, cuando la precisión conceptual se impone por sí misma, ésta frecuentemente nos sorprende en Rivière por su carácter literario. Algunos ejemplos al respecto podremos degustar al hilo del comentario de los textos recogidos en *Diálogos sobre psicología*. Pero, con la intención de seguir señalando futuras direcciones al lector de este comentario, sigamos recreándonos con unas cuantas citas más, tomadas de distintos pasajes no contenidos en las *Obras escogidas*.

La primera cita que voy a transcribir procede de un capítulo del libro *Lecturas de Psicología del Pensamiento*:

Quando seguimos el hilo de muchas polémicas y desarrollos recientes de la psicología experimental del conocimiento, nos encontramos inevitablemente ante la enmarañada madeja de los conceptos de representación. De todo hay en esta fauna: pictogramas y hologramas, predicados y rasgos, proposiciones y descripciones. Al menor descuido, el incauto se adentra en una selva de grandes diagramas de árbol, y puede verse cogido en redes semánticas, sumergido en estructuras profundas, perdido en mapas cognitivos. Los peligros se deben, primero, al carácter elusivo y difícil de algunas de estas nociones; después, a los desacuerdos sobre cuáles de ellas son realmente útiles para describir las representaciones de las personas con una perspectiva cognitiva. Este artículo presenta una ilustración concreta del segundo de estos peligros. El lector cauto debe reflexionar antes de bucear por sus diagramas de flujo.

¡Éste es Ángel Rivière! Me reconocerán ustedes que, por muy cauto que sea el lector, la tentación de seguir leyendo se hace irresistible. El pasaje citado, perteneciente al trabajo *Modelos de la representación en el razonamiento sobre series* (Rivière, 1984b, p. 59), se puede considerar hermano de otro que lleva por título *Sobre la multiplicidad de las representaciones*, este sí recogido en el Volumen I (*Obra escogida* n° 5). Y ambos mantienen fuertes relaciones de parentesco —podríamos decir que *filiales*— con el libro matriz *Razonamiento y representación*, del que ya hemos dicho algo más arriba.

Analicemos ahora una muestra tomada de *El sujeto de la psicología cognitiva*, otro de los libros clave para obtener una mirada comprensiva del trabajo metateórico de Ángel Rivière. En este magnífico libro de crítica psicológica, po-

demos encontrar, entre otras muchas cosas, la siguiente argumentación: juega Rivière con la nada descabellada posibilidad de que la enorme cantidad de trabajos «cognitivos», publicados desde los sesenta en adelante, sea el síntoma de una deficiencia cualitativa de la propia psicología cognitiva y compara el boyante crecimiento de la psicología cognitiva con la anemia interna que pueden padecer algunos «niños gorditos»; tal vez, argumenta Rivière, «a pesar de su crecimiento, la Psicología Cognitiva tiene problemas profundos [...], como esos niños gorditos y de mejillas rosadas, con buen peso, y una anemia severa por debajo de tan reluciente desarrollo» (Rivière, 1987b, p. 18). Me parece oportuno introducir esta bella imagen, además de por lo ilustrativa que resulta de las dotes literarias de Rivière, porque el trabajo número dos de nuestro volumen, *Los conceptos de sujeto en las psicologías del conocimiento*, es un fiel representante del libro del cual hemos extraído la cita.

El crecimiento de los niños será la analogía que alimenta la penúltima cita que quiero reproducir. Al explicar el cambio experimentado por la psicología cognitiva en la década de los setenta —que se sintió forzada a alejarse de los modelos más *formalistas* y *sintácticos* del inicio, para aproximarse a una visión más *ecológica* y *semántica* del sistema cognitivo humano—, entiende Rivière lo siguiente: «Al crecer, el sujeto de la psicología cognitiva —siguiendo, en cierto modo, un proceso contrario al que siguen los niños— se hizo cada vez menos serio, más difícil de formalizar, menos predecible y se alejó del modelo de racionalidad canónica que se le había marcado en un principio. En cierto modo, abandonó el 'estadio de las operaciones formales', que había pretendido ocupar nada más nacer» (Rivière, 1991b, p. 148). Tómese esta cita como motivo con el que dejar constancia de su trabajo *Orígenes históricos de la psicología cognitiva: paradigma simbólico y procesamiento de la información*. Aunque su aproximación historiográfica al «paradigma cognitivo» está presente en los libros ya mencionados —y, también, en muchos de los trabajos del Volumen I—, Rivière ejerce del modo más explícito su función de historiador en el título citado, publicado por la misma revista que ahora tienen en sus manos.

La última cita que vamos a transcribir nos servirá de excusa para reparar en otra de las facetas intelectuales de Ángel Rivière: me refiero a su compromiso con la empresa editorial y, desde él, a su función de promotor de la clarificación conceptual (cf. Vera, 2003). En efecto, desde 1980 y hasta el día de su injusto fallecimiento, Ángel Rivière estuvo al frente de la revista *Estudios de Psicología* y, en ella, aparte de muchos trabajos, dejó unos brillantes —y a veces hasta hilarantes— editoriales, que invito a disfrutar a los lectores que todavía no lo hayan hecho. Fíjense, si no, cómo se las apaña para, sin insultar, llamar «grosería» al intento de definir la inteligencia en función de una simple puntuación: «el C.I. —dice— es, con perdón, una grosería. En sentido muy literal: una comparación gruesa entre los resultados en esta tarea de este sujeto y los que obtuvieron otros como él, sin entrar para nada (...) en el conocimiento preciso de los procesos intelectuales que ha utilizado el sujeto para obtener ese C.I. (...) Por eso decía que, para los que investigan estas cosas, el C. I. es, con perdón, una grosería» (Rivière, 1980, pp. 4-5). No se pierdan el resto de sus editoriales.

En fin, creo que las muestras analizadas son suficientes para entender las

elogiosas críticas que suele recibir de sus lectores. Pero ya que hemos podido conocer las opiniones de Yela y Pinillos, veamos ahora, antes de cambiar de tercio, la opinión que *Objetos con mente* suscitó en Siguan, *el tercer nombre* que permite dar sentido al curso que siguió la psicología española a partir de la segunda mitad del siglo XX: «Si *Objetos con mente* se hubiese publicado en inglés y en Estados Unidos el nombre de Ángel Rivière estaría en todas las bocas y su libro sería una referencia obligada en cualquier discusión sobre el futuro de la psicología» (Siguan, 1993, p. 76). No me cabe la menor duda.

Espero que este repaso haya sido suficiente para que los que ya han leído a Rivière hayan podido disfrutar una vez más con sus agudezas literario-científicas y para que los que todavía no lo han hecho, esos felices nuevos lectores, entiendan algunas de las devociones explícitamente puestas de manifiesto por quienes, de un modo u otro, han tenido que comentar su trabajo. Ahora sí, acerquémonos siquiera brevemente a los trabajos que el lector, viejo o nuevo, encontrará en los *Diálogos sobre Psicología: de los cómputos mentales al significado de la conciencia*. Dedicemos al menos un párrafo para presentar a los lectores de *Anuario de Psicología* cada uno de esos nueve trabajos que componen la colección.

En el capítulo<sup>3</sup> que abre la colección de escritos seleccionados en este primer volumen, *El análisis experimental de la conducta y el conductismo radical como filosofía* (1978), Rivière evalúa las pretensiones filosóficas del «conductismo radical» y sopesa las posibilidades científicas del análisis experimental de la conducta que de él se deriva. Si tuviéramos que destacar dos notas del mismo, yo me decantaría por seleccionar aquellas que están relacionadas con la evolución posterior del pensamiento del autor: 1) la primera tiene que ver con la idea de que el «organismo» es precisamente eso, un «organizador» del ambiente y no sólo el receptor de sus contingencias; y 2) la acentuación del carácter *intencional*, en el sentido que al término da Brentano, de los estados mentales<sup>4</sup>. Estas dos ideas, que convierten al organismo en una entidad con propiedades organizativas internas, que sólo pueden ser concebidas en términos de estados intencionales, nos muestran la sensibilidad de Rivière con respecto a algunos de los presupuestos centrales de la psicología cognitiva en su conjunto. En definitiva, en este primer trabajo –y no está de más que recordemos que fue publicado en la España de 1978 (cf. Vera, 2003)–, nos hallamos ante el comentario de un crítico que ya tiene puesta la mirada en la psicología cognitiva, lo cual tampoco es de extrañar habida cuenta de que en 1975 había publicado con Delval un primer trabajo marcado por esta aproximación (cf. Delval y Rivière, 1975).

El *segundo capítulo*, titulado *Los conceptos de sujeto en las psicologías del conocimiento* (1987) –y que proviene de su libro *El sujeto de la psicología cognitiva* (Rivière, 1987b)– analiza cinco versiones de lo que, en un sentido muy

3. En adelante, por simplificar y consciente de la impropiedad, utilizaré el término *capítulo* (1 a 9) para mejor identificación de los nueve trabajos reunidos en este primer tomo de las *Obras*. Cuando los presente, sólo ofreceré los datos relativos a título y año de publicación. La referencia completa puede encontrarla el lector en las mismas *Obras escogidas*.

4. No he podido consultar la versión original pero me parece que en la edición presente del texto existe una errata: «...una de las propiedades fundamentales con que vienen caracterizándose los fenómenos físicos desde Franz Brentano: su carácter intencional, su referencia a algo que no son ellos» (p. 11). Creo que habría que cambiar *físicos* (cursivas mías) por *psíquicos*.

amplio, podríamos denominar *psicología cognitiva*: la del «Procesamiento de la Información», la «modular» de Fodor, la «lingüística» de Chomsky, la «estructural-evolutiva» de Piaget y la «socio-histórica» de Vygotski. Si antes destacábamos dos presupuestos que identifican a la psicología cognitiva en su conjunto, ahora Rivière, en este trabajo inédito hasta su aparición en las *Obras*, se centra en el análisis de las diferencias existentes *dentro* del propio «paradigma». Lo que tienen en común todas estas teorías, lo que nos permite agruparlas en una misma categoría, prácticamente se resume en esas dos ideas que destacábamos como contrapuestas al conductismo radical: parten del supuesto de que existen *formas de organización interna*, estructuras mentales (*intencionales*) que permiten a los organismos en general, y al hombre en particular, enfrentarse a un mundo *ordenado y significativo*. La función de estas estructuras mentales no consiste sólo en detectar contingencias ambientales sino en imponer un orden constitutivo a la realidad: sirven para introducir al hombre en un «mundo» que supera en mucho la estrecha descripción, en términos de energías físicas (estímulos), de lo que sería en sentido estricto sólo «ambiente» —si es que tiene algún sentido hablar de un «ambiente» sin cualificar «psicológicamente» por un organismo—. A partir de aquí, las diferencias entre esas cinco teorías son muchas y, en algunos casos, irreconciliables. Sin embargo —y es lo que me interesa destacar—, en estas pocas páginas el lector podrá entrar en contacto (y recrearse) con la destreza argumentativa de Rivière; observará su capacidad para hilar un discurso en el que nos hace cómplices, nos persuade sutilmente del agotamiento de cada una de las teorías que examina o, mejor, *nos hace anticipar* dicho agotamiento, de tal modo que cuando entramos en la siguiente teoría no encontramos solución de continuidad. Rivière consigue, sin ningún tipo de brusquedades, con toda suavidad, integrar en un discurso racional o, dicho de otro modo, de lo más razonable, lo que en principio son construcciones conceptuales difícilmente articulables entre sí.

El *tercer capítulo* del libro se titula *Sobre la multiplicidad de las representaciones. Un viaje por los vericuetos de los lenguajes del pensamiento* (1985). Si alguien está interesado en el proceso histórico que dio lugar a la noción de «proposición», concebida al mismo tiempo como una entidad *abstracta e individual*, debería leerlo: «Parecía impensable —exclama Rivière— la posibilidad de proposiciones que fueran al mismo tiempo abstractas y psicológicas, representacionales, pero no identificables con fenómenos de conciencia como las imágenes, amodales pero pertenecientes a un sujeto psicológico» (p. 26). En este trabajo nos encontramos a Rivière luchando contra las pretensiones reduccionistas de los psicólogos más apegados a la idea de «representación proposicional». La posición de Rivière, bien conocida desde que publicó su Tesis en 1986, es la de defender la existencia de distintos «lenguajes del pensamiento» en función del tipo de contexto en el que éste se ha de mover y según las tareas que lo exijan, haciendo del lenguaje de la mente fenoménica, la de la conciencia, aquel que habla en palabras interiores o en imágenes mentales, tan importante como el de las proposiciones inconscientes. No insistiremos en este trabajo, por no repetir lo dicho de él cuando lo emparentábamos con el libro del que nace, pero sí que resaltaré ahora que si es tan importante para Rivière evaluar, y defender, la validez teórica del constructo psicológico de imagen mental, es porque las imágenes mentales

son, por definición, representaciones que han de darse en el «plano fenoménico», lo cual implica tomarse en serio la funcionalidad de la conciencia.

La conciencia. La conciencia es el núcleo, hilo cordial, argumento central que atraviesa toda la obra de Rivière, al menos desde que publicó su magnífico trabajo sobre *La psicología de Vygotski* (Rivière, 1984a; ver también Rivière, 1987a). De hecho, el lector de sus *Diálogos*, al llegar aquí, ya ha tenido oportunidad de comprobar en qué medida es imprescindible para Rivière integrar la conciencia en el discurso de la psicología cognitiva. Por tanto no es extraño que, cuando se pone a hablar con un psicólogo del pasado, elija dialogar con William James. En *Mente y conciencia en «Los Principios de Psicología». Un diálogo con James cien años después* (1990), capítulo 4, Rivière discute con James acerca de algunas limitaciones de su concepción de lo mental. Su principal acusación es la siguiente: James, que tanto acertaba al acentuar el carácter adaptativo de la conciencia, que pensaba en la conciencia como *proceso* o *función* con claros cometidos biológicos que cumplir, y no como si fuera una cosa, se equivocaba al igualar en extensión los conceptos de *mente* y *conciencia*. Para James, entre los planos de descripción fenomenológico y neurológico, no existe nada; al margen del plano fenomenológico, para James no existe nada que pueda ser llamado *mente*. En consecuencia, es lógico que para James de la mente sólo se pueda dar noticia a través de un directo ejercicio de *introspección*. Estas afirmaciones, de hondo calado ontológico y epistemológico, son insostenibles para el psicólogo cognitivo que es Ángel Rivière: «¿Es posible la 'traducción' del lenguaje con que hablamos del sistema nervioso a aquel con el que 'ingenuamente' hablamos de la conciencia, sin que haya lenguajes intermedios que la faciliten? El salto de la neurona a la intención es excesivo, y (...) lo que hoy sabemos es que sí necesitamos lenguajes intermedios: el del sistema nervioso como red de procesamiento, el de las representaciones mentales subyacentes a lo que vemos en la conciencia y, quizá, el de contenidos mentales inconscientes positivamente considerados, etcétera» (p. 72). En efecto, la definición de un «plano cognitivo», hasta cierto punto independiente del «plano fenomenológico» de la conciencia, es para Rivière una conquista irrenunciable de la psicología cognitiva contemporánea<sup>5</sup>.

El siguiente trabajo, que hace de *capítulo 5: Más a favor de la psicología popular* (1989), lo empieza Rivière, sin decirlo, con una terminología de claros ecos «lakatosianos», aprovechándose de las nociones historiográficas de «cinturón externo» y «núcleo duro». Con estos conceptos consigue Rivière diferenciar entre lo que podríamos llamar la «psicología de las creencias populares», por un lado, y la «psicología natural», por otro. La primera, que podemos conceptualizar como el artefacto teórico que la gente, en general, *construye explícitamente* con hipótesis explicativas *ad hoc* para explicar(se) el comportamiento de los demás

5. Permítanme que señale, en esta nota al pie, que en su diálogo con James, Rivière ya utiliza como procedimiento argumental el *En busca del tiempo perdido* de Proust: «Pese a ser uno de los creadores del pragmatismo norteamericano, James trae a la memoria al menos pragmático, más sutilmente europeo y más obsesivamente introspectivo de los novelistas europeos. ¿Qué mejor y más floreciente 'yo social' que el del señor de Charlus o la marquesa de Villeparisis?, ¿qué descripción más 'jamesiana' de la memoria que el conocido párrafo de la Magdalena?» (p. 71). Lo digo porque en el último trabajo del volumen volverá Rivière, ¡y de qué modo!, a trabajar con algunos extractos de la novela más famosa del primo político de Bergson.

y propio, se trataría del «cinturón externo», cuyas proposiciones son social e históricamente negociables y, como consecuencia, mudables en función del tiempo y la localización geográfica de los «teóricos ingenuos» que las manejan; la «psicología natural» propiamente dicha consiste, por el contrario, en «un conjunto de principios de funcionamiento psicológico (más que de creencias explícitas) que están implícitos en nuestros usos lingüísticos habituales y que dirigen nuestras interacciones con los demás» (p.73; cursivas en original); se trataría, así, de una especie de «módulo cognitivo», menos permeable a las influencias culturales o históricas, especializado en producir inferencias relativas a las interacciones sociales<sup>6</sup>. A este «núcleo duro» de la «psicología popular» (que él prefiere llamar «psicología natural») es al que Rivière se refiere cuando empieza a hablar de las «Teorías de la mente», considerando que la única manera de tornar significativa, *ecológica*, a la psicología cognitiva (la de los psicólogos profesionales), es haciéndose cargo de la existencia, «positivamente considerada», de esa «psicología natural», tan fronteriza entre la noción de «conciencia» y «cómputo», que nos permite de un modo natural predecir la conducta de nuestros semejantes por el procedimiento de atribuirles estados mentales.

La estrategia de Rivière en este artículo, si se quiere, es la contraria a la utilizada en el trabajo anterior, que había dedicado a los *Principios* de James. Ahora se trata de *dialogar* con los psicólogos cognitivos contemporáneos. Y a éstos, a diferencia de James, entiende Rivière que hay que convencerles de que resulta un tanto excesiva la pretensión de reducir el concepto de mente al concepto de «cómputo impersonal», poniendo en duda la propia funcionalidad y el «significado de la conciencia», tan importante, como hemos visto, en sus consideraciones teóricas. Es en este trabajo, y ante tal tesitura, donde Rivière empieza a hablar de las *metarrepresentaciones* en tanto que *representaciones sobre relaciones representacionales* y de la *Teoría de la mente* en tanto que capacidad natural –y aparentemente universal– que el ser humano dispone para atribuir mente a los demás. La historia de las relaciones entre ambos tipos de psicología, la «cognitiva» y la «natural», según veíamos más arriba, ocupa buena parte de las preocupaciones de Rivière en su libro *Objetos con mente*, que fue publicado un año después de este artículo: «En su ambigua relación con la psicología natural, la psicología cognitiva, al mismo tiempo, la reivindica y la niega, conserva su vocabulario y modifica sutilmente su significado, al introducirle en el engranaje mecanicista de la mente de la que habla» (Rivière, 1991a, p. 146). En el último trabajo de esta colección, escrito nueve años después de *Objetos con mente*, se vuelve sobre el asunto.

El **capítulo 6** quizá contenga el trabajo más falto de contextualización. *Las multitudes de la mente* (1993) fue publicado en esta misma revista como contestación a unas críticas que varios autores realizaban a su libro *Objetos con mente*. En el mismo número de la revista, y antes de los comentarios de M. Si-

6. Creo conveniente aclarar que Rivière utiliza la noción de «módulo cognitivo», en el contexto de sus investigaciones sobre «Teoría de la mente», en un sentido laxo que no le obligaba a heredar todas las propiedades que definen «fodoriamente» a los «módulos»: «Quizá baste con reconocer en el sistema una moderada especificidad funcional, sin arriesgarse a importar las más radicales consecuencias de la noción de módulo» (Rivière y Núñez, 1996, p. 117 de la 3ª edición, 2001).

guan, M. Yela, C. Riba, T. Fernández, M. de Vega y M. Viader, el propio Rivière presenta su libro de forma resumida. Tal vez, esa introducción hecha por Rivière –*Sobre Objetos con mente: reflexiones para un debate* (Rivière, 1993)– hubiera sido una buena elección para este volumen de sus *Obras escogidas*. Sin embargo, entiendo –como imagino que también lo entenderán quienes ya lo hayan leído– que los editores no pudieran resistirse a seleccionar *Las multitudes de la mente*. Sin pretender privar a los nuevos lectores de su disfrute, sólo diré que en él se profundiza en la idea de las Teorías de la mente y se insiste en que las mismas exigen la funcionalidad de la conciencia: «En realidad, la noción de teoría de la mente es del todo compatible con cualquier modelo cognitivo que no sea, a su vez, incompatible con la afirmación del valor funcional de la conciencia» (p. 112). Verá el lector de este capítulo 6 cómo, «sin ser incompatible» con la idea del valor funcional de la conciencia, otra de las líneas argumentales sobre la que pivota esta «respuesta a los críticos» tiene que ver con la estratégica defensa que Rivière siempre ha hecho del modo explicativo clásico de la psicología cognitiva –el de la manipulación sintáctica y reglada de símbolos–, incluso ante el peligro que para ella supone el nuevo modelo emergente fundamentado en el conexionismo: «el modo clásico seguirá siendo seguramente necesario, incluso en el caso de que el actual choque de paradigmas terminara en derrota total de la férrea monarquía teórica de los cómputos simbólicos a manos de las activas muchedumbres conexionistas (...) Muy probablemente, los psicólogos nos perderíamos del todo por las intrincadas redes conexionistas si no contáramos con los planos, llenos de símbolos, que nos proporcionan los modelos clásicos» (p. 99). Diremos algo más al respecto, dos párrafos más abajo, cuando comentemos el capítulo 8.

El *capítulo 7*, también publicado en 1993, pertenece a la participación de Rivière en un curso de postgrado sobre «Educación ambiental». Su título: *Teoría cognitiva y constructivismo*. Aquí, seguramente por el auditorio al que iba dirigido, encontramos al Rivière más didáctico. Sin abandonar sus pretensiones de clarificación conceptual y rigor, Rivière desbroza los diferentes significados del término constructivismo, ilustra sobre algunos de los más emblemáticos ejemplos (Kant en filosofía, Piaget y Vygotski en psicología) y trata de articular el papel de la explicación *ontogenética* de los «diversos constructivismos» evolutivos con la orientación más microgenética de las teorías cognitivas dominantes. Aclara que éstas, más racionalistas y poco preocupadas por el origen macrogenético del conocimiento, también están, sin embargo, próximas al concepto epistemológico de constructivismo en la medida en que explican el conocimiento a partir de las actividades internas de la mente, es decir, como una *construcción* que rompe «con la noción ingenua del conocimiento como imposición externa a un sistema cognitivo en blanco» (p. 122).

*Mentes, cerebros y cómputos: ¿Problemas o misterios?* (1995) aparece como el *capítulo 8* de la colección. Aquí hay algunos momentos en que Rivière, si me permiten la expresión, «se sale». De la *fábula de la dama y la rana*, que me parece absolutamente genial –y, por momentos, desternillante–, nada voy a adelantar aquí para no aguar la fiesta al futuro lector. Aunque sí voy a permitirme, de nuevo, la licencia de transcribir algunas de sus magistrales sentencias: sobre

el paralelismo psicofísico: «La distancia lógica entre los fenómenos mentales y los cerebrales es tan insalvable como el divorcio geométrico de dos paralelas» (p. 149) o «Para muchos psicólogos de los años cuarenta y cincuenta, la esperanza de hablar de lo mental con rigor y en el contexto de explicaciones compatibles con posiciones monistas, con principios naturalistas o materialistas, era tan quimérica como el zapato de cristal de *La cenicienta*» (p. 150); sobre el «dualismo funcionalista»: «Turing estaba jugando a hacer una gran travesura: la de deshacer esa frontera (...) entre mentes y máquinas, entre el reloj determinista y la vaporosa e indeterminada nube de la mente» (p. 153) y «[G]racias a la magia de una argumentación bastante rigurosa y basada en la analogía matriz a que hemos hecho referencia, Putnam ha sacado de la chistera materialista un conejo dualista» (p. 156); en relación con las dificultades explicativas del conexionismo afirma lo siguiente: «En cierto sentido, pedir a un modelo conexionista que abstraiga reglas sintácticas y objetos de conocimiento, tales como un 'sintagma', sería tan absurdo como pedir al 0,9999 (periódica pura) llegar al uno» (p. 186). En el comentario relativo al capítulo 6 ya anunciábamos la renuencia –insistentemente manifestada por Rivière– a abandonar, al menos por el momento, el modelo explicativo de la psicología cognitiva clásica. Creo que es digno de resaltar que, incluso aquí, cuando lo que fundamentalmente hace es aplaudir las virtudes explicativas del conexionismo, defiende la productividad científica del paradigma computacional-simbólico: «Gracias a él, ha sido posible acumular en esas tres décadas más conocimientos precisos sobre la mente que en veinticinco siglos de especulación epistemológica o ciencia precognitiva» (p. 159). Y la conclusión metodológica más notable de esta inspección metateórica creo que podemos cifrarla en un nada ingenuo optimismo epistemológico: los problemas de la psicología no son en esencia más «misteriosos», aunque tampoco menos problemáticos, que los de cualquier otra ciencia.

El último trabajo del volumen, su *capítulo 9*, es *Teoría de la mente y metarrepresentación* (2000). Como complemento interpretativo del capítulo 5, ya hemos indicado que *Objetos con mente* estaba en una buena proporción dedicado a estas cuestiones relacionadas con la «psicología natural» y las «teorías de la mente». La única diferencia entre el argumento central de este capítulo 9 con respecto al de *Objetos* es, como no podría suceder de otro modo cuando pensamos en Rivière, que las referencias manejadas han evolucionado como manda el dictado de la actualización bibliográfica, pero el «asunto», como decimos, ya estaba allí<sup>7</sup>. Claro que su posición se ha sistematizado todavía más y que su dedicación a la investigación del tema durante toda esta década, con el significativo intermedio que resulta ser el libro *La mirada mental* (Rivière y Núñez, 1996), le hace incluir ciertas puntualizaciones con respecto a las teorías que pretenden ex-

7. Déjenme señalar también que existe otro cambio en *Teoría de la mente y metarrepresentación*, en absoluto anecdótico, con respecto al tratamiento que da al problema Rivière en *Objetos con mente* y que tiene que ver con la figura literaria elegida: si en *Objetos* utilizó la novela *El otro lado del dólar* de Ross MacDonald, aquí opta *Por el camino de Swann* de Marcel Proust, con el que, como señala Rosa en su introducción (p. XII), «nos ofrece un delicioso paseo por el mundo de las capacidades mentalistas». Disfrutarán los lectores de este capítulo con la forma en que Rivière nos acerca, apoyándose en las tribulaciones de este «Don Juan inverso» que en ocasiones se nos antoja el señor Swann, al concepto de «metarrepresentación» y de «teoría de la mente». Una vez más Rivière nos obliga a admirar su capacidad de síntesis entre forma y contenido: la riqueza de la primera es un reflejo de (y a la vez se ve reflejada en) la gran gama de matices teóricos observados en el último.

plicar las capacidades del «psicólogo ingenuo» que todos parecemos ser desde que tenemos unos pocos (aproximadamente cinco) años de vida: así, tiene que diferenciar entre las «teorías de la teoría» *versus* las «teorías de la simulación»; y dentro de las primeras las basadas en la «metáfora de la ciencia» *versus* la «metáfora del lenguaje», etc., etc., etc. A diferencia de lo observado en los capítulos 5 y 6 de los *Diálogos*, Rivière ya no trata ahora de examinar las diferencias (y las necesarias relaciones que hay que establecer) entre la «psicología cognitiva» y la «psicología natural», sino que se concentra en el análisis que cierta *psicología cognitiva* ha hecho *de facto* sobre las capacidades mentalistas de las que nos habla la psicología natural.

El asunto central del trabajo versa, ya lo hemos indicado, sobre el concepto de «Teoría de la mente» y sobre el concepto, fundamental para la misma, de «metarrepresentación». Al hilo del comentario del capítulo 5 ya hemos precisado el sentido en que una metarrepresentación lo es; digamos ahora, además, que las mismas constituyen las piezas del sistema cognitivo que nos permiten comprender, por ejemplo, la conversación que mantiene el joven Pu Yi con su tutor occidental Reginald Johnson (magníficamente interpretado por Peter O'toole), en *El último emperador* de Bertolucci. Creo que aquí podemos encontrar un buen ejemplo para concretar la idea que Rivière tiene en mente: si han visto la película recordarán que hay una escena en la que el tutor se queda mirando unos ideogramas chinos que hay colgados de una de las paredes del recinto, y que en realidad se trata de uno de los Analectas de Confucio; entonces, según lo que le oímos decir al Emperador adolescente, vuelto de espaldas a su tutor, *inferimos nosotros que él ha captado y está interpretando la propia mente de Johnson*. El diálogo es el siguiente:

– Yo sé que tú sabes que yo sé que tú sabes que eso es un diálogo de Confucio.

Le espeta con toda *intención* el que sería el último Emperador de la China.

– Referente al respeto, Majestad.

Contesta lacónica, aunque no menos *intencionadamente* el tutor.

Estará de acuerdo el lector en que sólo estando en posesión de un muy sofisticado sistema cognitivo que incluya la propiedad de una *intencionalidad recursiva*, capaz de penetrar en este entramado de entidades metarrepresentacionales («representaciones» que versan sobre «relaciones representacionales» del tipo «yo *creo* que tú *deseas* que yo *piense*...», etc.) que conectan a las mentes de distintos individuos entre sí, podemos nosotros entender el diálogo intersubjetivo que *ellos* sostienen en dicha escena.

Es hora de recapitular. Procuremos, en una lectura integral de este primer volumen de sus *Obras escogidas*, devolver a Rivière su sistema, aislando los rasgos más apreciables del mismo. A mi modo de ver, dos son los pilares básicos sobre los que se sostiene la estructura teórica de Ángel Rivière en sus *Diálogos sobre psicología*: primero, un elevado optimismo epistemológico con respecto a las posibilidades explicativas de la psicología en tanto que ciencia; después, un respeto absoluto por todos aquellos dominios que se han mostrado adecuados para definir «lo psicológico»: desde los procesos *subpersonales* pertenecientes a aquellos procesos cognitivos «opacos a la conciencia», hasta aquellos otros que

implican a la experiencia fenomenológica y que se expresan en el vocabulario de la «primera persona».

En mi opinión, la tensión de tener que compatibilizar conciencia con cómputo *sin renunciar a ninguna de las dos nociones* –tensión tan agudamente presente en la trama de los nueve capítulos que acabamos de comentar– animan a Rivière a realizar un inmenso ejercicio de crítica conceptual, en donde se revisa la vigencia y pertinencia de las propuestas psicológicas contemporáneas –o del pasado– más interesantes para encarar tal cometido. La necesidad de superar dialécticamente dicha tensión, junto con el trabajo de investigación conceptual y empírica realizado, colocaban a Rivière en una posición privilegiada desde la cual poder construir una psicología *con personalidad*, henchida de sistema, respetuosa con la exigencia de aceptar la doble evidencia relativa a lo psicológico consciente e inconsciente. De ahí que, aun abrazando una concepción de la psicología que desborda los estrechos límites de la descripción computacional, no entendiera Rivière, sin embargo, que los logros obtenidos por la psicología cognitiva de la segunda mitad del siglo XX –incluso por aquellos originados en los laboratorios conceptuales de los *psicólogos cognitivos más radicales*–, hubieran de ser *sin más* abandonados. Para Rivière, una concepción de lo psicológico completa no puede subsistir durante mucho tiempo dando la espalda al hecho, experimentalmente demostrado, de que gran parte de la actividad mental que estudia la psicología se realiza sin ningún control consciente por parte del sujeto del conocimiento que interesa a Rivière; en la medida en «que hay una génesis, cuya duración es de milisegundos y que implica un considerable trabajo de procesamiento de la información (o, como algunos dicen, de ‘cómputo’), que se lleva a cabo más allá de las candlejas de la conciencia» (p. 124), el psicólogo está obligado a explicar dicha peculiaridad del sistema cognitivo humano. Por eso Rivière considera tan precipitado como absurdo renunciar a este modo de practicar una *ciencia objetiva de la mente*, como una y otra vez repite en sus escritos.

Efectivamente, en el lado del «haber» de la psicología computacional Rivière siempre ha situado las ganancias teóricas obtenidas por la psicología gracias al énfasis puesto por los cognitivos «duros» en el rigor conceptual. Los más destacados defensores de la *literalidad* (mente = computadora) cargaban al psicólogo cognitivo, a cualquier *psicólogo cognitivo post-turing*, con la obligación de «formalizar» al máximo sus descripciones, y con la misión de ofrecer modelos teóricos que fueran capaces de «simular», en un sentido de «equivalencia fuerte», el comportamiento de la mente humana: ejercicio de precisión imprescindible para construir una *psicología* que fuera también *científica*. No es de extrañar, por tanto, que la descripción literal de la mente en tanto que sistema computacional, aquella que vendría a identificar Rivière como la correspondiente al «paradigma C-R» (el de las *Computaciones sobre Representaciones*), la observara como una productiva estrategia epistemológica: permite comprender por qué la mente es algo más que la conciencia, permite concebir la existencia de ciertas operaciones mentales que precisan de una descripción subpersonal y señala la necesidad de construir teorías psicológicas con una alta definición formal y con una relación fuertemente equivalente entre dichas teorías y los hechos que

pretenden explicar. En este punto, según opino, se acaba el compromiso de Rivière con los «modelos de la literalidad»<sup>8</sup>.

La prudencia epistemológica, que convierte a Rivière en repetidas ocasiones en el mejor de los defensores de la versión computacional, sin embargo, no le hace tampoco descuidar los peligros que pueden esconderse tras la «travesura de Turing». Por eso, buena parte de su argumentación está dirigida a localizar con exactitud en qué lugar se encuentran las trampas conceptuales a las que se expone el psicólogo cognitivo incauto, aquel que pudiera asumir la de la «computadora» como una descripción *literal* de la mente. Es decir, la posición en apariencia ambivalente, de *sí pero no*, que mantiene Rivière con respecto al programa cognitivo más duro, creo que consiste en admitir sus «ventajas metafóricas», eludiendo caer en sus «trampas literales». De hecho, sus más finas críticas están dirigidas a combatir el *formalismo excesivo* de estas teorías, que termina colándose en el dominio de su explicación (es decir, que traspasan los saludables límites pertenecientes a la epistemología del *psicólogo* para anidar en la ontología del propio *sujeto* de la explicación). Por eso Rivière se empeña, desde muy pronto, en mantener clara la distinción entre las *representaciones del psicólogo* y las *representaciones del sujeto* (cf. Rivière, 1986). En repetidas ocasiones creo que Rivière da a entender que las representaciones subpersonales y la computación formal, en último término, sólo escapan de ser un sinsentido cuando son concebidas como «variables intervinientes» o «ficciones útiles» para la construcción de teorías psicológicas que tienen que dar cuenta del funcionamiento «microgenético» de la mente. «Miradas las cosas desde la perspectiva del sujeto –dirá Rivière–, los símbolos son las imágenes (audioverbales, visuales, quinesísticas, etc.), las palabras o las acciones, en tanto que expresan un contenido proposicional. Es decir: un significado. Las proposiciones son símbolos desde la perspectiva del psicólogo, pero sólo pueden tener el estatuto de significados desde la del sujeto. Si se quiere, son los símbolos que emplean los psicólogos (o algunos de ellos) para expresar los significados de los sujetos» (Rivière, 1986, p. 23). Es, por tanto, para movernos con soltura en ese terreno (tan abonado por los computacionalistas) de cómo la mente se desenvuelve de modo inconsciente, por lo que hay que seguir confiando en la fructífera propuesta metafórica que se derivaba de la ideas de computación y representación. Rivière insiste en uno de los textos que el lector encontrará en el volumen: «Lo que no debería perderse de vista es que tales símbolos son *representaciones de que se sirve el psicólogo para hacer inteligible la actividad mental, y no representaciones que literalmente usa el sujeto en ella (...)* Tienen un papel metodológico fundamental que cumplir: hacer más inteligible la actividad cognitiva. Pero no poseen más realidad ontológica que la que puedan tener las ecuaciones que emplean los físicos en sus explicaciones» (p. 97; cursivas en el original). Es decir, la utilidad de las «estructuras representacionales inconscientes» y los «algoritmos de cómputo» forman parte esencial de la trama explicativa de la psi-

8. Además, la defensa *estratégica* de las teorías amparadas en la idea de computación creo que no sólo cumplía en Rivière funciones teóricas, sino que, incluso, podía desempeñar una función *historiográfica*. Para Rivière, «salvar el paradigma», creo yo, equivalía a algo así como ofrecer a la «historia interna» de nuestra disciplina una oportunidad para resultar efectiva, darle el tiempo necesario como para agotar su vigencia histórica.

cología cognitiva y cumplen, sí, insustituibles funciones epistemológicas. Nada menos; pero, también, nada más.

En definitiva, parece claro que, desde el punto de vista del método, para producir conocimiento psicológico es mucho más importante la «latencia» que la «experiencia» en opinión de Rivièrè. Es decir, que la psicología inevitablemente ha de ingeniárselas para proyectar sus afirmaciones en entidades «extensionales» (como los «Tiempos de Reacción»), si quiere que algunos de sus conceptos –sobre todo el de «conciencia»– sean científicamente productivos. Pero de esto no se deriva que la psicología haya de abandonar su verdadero objeto: lo importante es *explicar* científicamente la conducta de un sujeto *consciente*, que posee *intenciones* y para el que las cosas (inmediatamente presentes o sencillamente «representadas») tienen realmente un *significado*. En *reflexiones para un debate* Rivièrè (1993) deja una pista muy ilustrativa de esa su concepción psicológica y de su proyecto de investigación: «Desde la perspectiva del *interaccionismo cognitivo* que se apunta en *Objetos con mente*, la propia conciencia puede ser entendida, al menos en parte, como una especie de herramienta cuya evolución en nuestra especie debió estar muy ligada a las exigencias de las interacciones psicosociales» (Rivièrè, *op. cit.*, p. 50; cursivas añadidas). En este sentido, Rivièrè sabe, desde muy pronto, que el problema de la psicología es el de tener que explicar la mente de ese peculiar sujeto que, además, es consciente de sí mismo y de los demás. Y Rivièrè intuye que la respuesta se halla en otro sitio distinto al que nos señalan los psicólogos cognitivos más radicales; tal vez en los *mecanismos ontogenéticos* que permiten, partiendo de la «acción» y la «interacción social», la construcción individual de tales intenciones, significado y conciencia.

Con la intención de abordar a su «sujeto del interaccionismo cognitivo», Rivièrè repara en una pequeña ranura que dejan abierta la «psicología natural» y la «teoría de la mente» por la que cree que puede entrever la figura que dibuja el desarrollo y constitución de la mente humana. Finalmente, ante las dos opciones que representan las teorías basadas en la «Computación sobre Representaciones» (C-R) y las que descansan en el concepto de «Teoría de la mente», una muy bien asentada y con un gran crédito en términos científicos y la otra más reciente pero también más apegada a la idea de sujeto que interesa a Rivièrè, el autor no puede pasar por alto el emergente «paradigma conexionista», que bien podría sustituir (si no complementar) al C-R en sus explicaciones microgenéticas, y que además podría encajar perfectamente con el papel que Rivièrè concede a la explicación ontogenética en psicología. Tal es, en mi opinión, el proyecto psicológico de Ángel Rivièrè; tal su sistema de pensamiento.

Según hemos tratado de mostrar en este (ya excesivamente largo) comentario, Ángel Rivièrè, que profesional y vocacionalmente es un psicólogo cognitivo, por su formación responde más bien a esa etiqueta no siempre bien definida de lo que es un pensador: por el arsenal argumental que en su obra utiliza para defender sus puntos de vista, observamos que gustaba de la filosofía, de la historia, de la literatura, del cine, de la ciencia en general. Pero todos esos conocimientos, ya lo hemos repetido varias veces, estaban a disposición de una forma de concebir la psicología muy personal, siempre *en perspectiva*, a disposición de

una concepción *sistemática* que a dado lugar a una obra que, sin pretensiones de exageración, muy bien puede ser emparentada con la de los más grandes psicólogos europeos de entreguerras. Por ejemplo, con su tan admirado como brillantemente estudiado Lev S. Vygotski. Pinillos escribió de *Razonamiento y representación* que «aun siendo informativo y erudito (...) es además y sobre todo una obra de pensamiento, de profundo y certero pensamiento psicológico, que a mí me recuerda insistentemente, por su calidad, el de Vygotsky» (Pinillos, 1986, p. IX). En efecto, cuando uno se entrega a la lectura de Rivière, las comparaciones con Vygotski se hacen inevitables: hasta en la trágica fatalidad de la muerte prematura tuvieron que asemejarse. Igual que en Vygotski encontramos reflejada la psicología de principios del siglo XX, en Rivière confluyen, se reflejan y se enriquecen las más interesantes posiciones teóricas de su final.

Definitivamente, quien busque las claves de la psicología contemporánea, si ha elegido leer este volumen de las *Obras escogidas* de Rivière, ha dado el primer paso hacia su objetivo. Como recompensa, además del gozo de la lectura, obtendrá el estimulante placer científico de sentirse interpelado por una sugerente y personalísima forma de aproximarse a lo psicológico: la propuesta por este honrado pensador que es Ángel Rivière.

## REFERENCIAS

- Delval, J. A. y Rivière, Á. (1975). Si llueve, Elisa lleva sombrero. Una investigación psicológica sobre la tabla de verdad del condicional. *Revista de Psicología General y Aplicada*, 30 (136), 825-850.
- Ortega y Gasset, J. (1908/83). Algunas notas. En J. Ortega y Gasset, *Obras completas*, Tomo 1 (pp. 111-116). Madrid: Alianza.
- Pinillos, J. L. (1986). Prólogo. En Á. Rivière, *Razonamiento y representación* (pp. IX-XI). Madrid: Siglo XXI.
- Rivière, A. (1980). Editorial. *Estudios de Psicología*, 2, 1-6.
- Rivière, Á. (1984a). La psicología de Vygotski: sobre la larga proyección de una corta biografía. *Infancia y Aprendizaje*, 27-28, 7-78. (Reimpreso en formato de libro en Madrid: Visor, 1985).
- Rivière, Á. (1984b). Modelos de representación en el razonamiento sobre series. En M. Carretero y J. A. García-Madruga (Comps.), *Lecturas de psicología del pensamiento* (pp. 59-84). Madrid: Alianza.
- Rivière, Á. (1986). *Razonamiento y representación*. Madrid: Siglo XXI.
- Rivière, Á. (1987a). El concepto de conciencia en Vygotski y el origen de la psicología histórico-cultural. En M. Siguan (Coord.), *Actualidad de Lev S. Vygotski* (pp. 128-135). Madrid: Anthropos.
- Rivière, Á. (1987b). *El sujeto de la psicología cognitiva*. Madrid: Alianza.
- Rivière, Á. (1991a). *Objetos con mente*. Madrid: Alianza.
- Rivière, Á. (1991b). Orígenes históricos de la psicología cognitiva: paradigma simbólico y procesamiento de la información. *Anuario de Psicología*, 51 (4), 129-155.
- Rivière, Á. (1993). Sobre *Objetos con mente*: reflexiones para un debate. *Anuario de Psicología*, 56 (1), 49-75.
- Rivière, Á. y Núñez, M. (1996). *La mirada mental*. Buenos Aires: Aique.
- Rosa, A. (2003). Introducción al Volumen. En Á. Rivière, *Diálogos sobre psicología: de los cómputos al significado de la conciencia* (pp. IX-XIII). Madrid: Panamericana.
- Siguan, M. (1993). Objetos con mente como sujetos de la psicología. *Anuario de Psicología*, 56 (1), 76-84.
- Vera, J. A. (2003). Los orígenes de la psicología cognitiva en España. Una historia provisional. *Revista de historia de la psicología*, 24 (2), 317-353.
- Yela, M. (1993). ¿Objetos con mente? *Anuario de Psicología*, 56 (1), 85-89.